

WENCESLAO BRUCIAGA
Pornografía para
piromaníacos

narrativa sextopiso



PARENTAL
ADVISORY
EXPLICIT CONTENT

Pornografía para piromaníacos
WENCESLAO BRUCIAGA



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © WENCESLAO BRUCIAGA, 2022

Primera edición: 2022

Imagen de portada
© DIMOSTHENIS PRODOMOU
Embrace, 2020

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2022
América 109
Colonia Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Corrección
GABRIELA LARA

Formación
REBECA MARTÍNEZ

ISBN: 978-607-8619-68-9

Impreso en México

Este libro fue realizado con el apoyo del
Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales (SACPC),
a través de la vertiente Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2021

Sex is violent

JANE'S ADDICTION

PORNOGRAFÍA PARA PIROMANÍACOS

con

LOTHAR BLACK

CHARLIEE SEBASTIAN

JEFF «PLIERS» PERALTA

y la presentación estelar de

PEDRO BLASTER

PRIMERA PARTE

San Francisco, California,
final del verano de 2019

PLAY

1

No hablen sobre mi partida. Y por favor, no saquen fotografías. No las suban a sus tuiters ni especulen con ellas en los periódicos. De verdad se los pido. Sería desagradable y malagradecido de su parte después de mostrarme sin misterios frente a ustedes. Me conocen hasta el fondo. Literalmente. Los pocos videos en los que Pedro Blaster me metió el puño hasta el cerebro dan fe de ello. Fue divertido pero doloroso en un sentido destructivamente adictivo. Juré que no lo volvería a hacer, pero los músculos de mi trasero pedían más puño por su cuenta y fuera de mi voluntad. En fin. Que no habría necesidad después de todos los momentos que seguro pasamos juntos. Si quieren recordarme ahí están las 101 escenas que filmé, desde mis primeras actuaciones con condón en ¡DVD! hasta los encuentros en mi habitación transmitidos en tiempo real. Quién lo diría. En muy poco tiempo los compactos serían tan obsoletos como los condones mismos, como las cartas escritas a mano o las gomas de mascar de canela. Lo sé porque hace unos días no tenía nada que hacer y me puse a contar todas mis escenas. 101 no es un número espectacular. Tengo colegas que están a punto de grabar su escena número 1000 o de plano perdieron la cuenta. Pero me gusta que mis escenas coincidan con el título del mejor disco en vivo de Depeche Mode. Mi banda favorita. No fue algo calculado. Siempre fui torpe en

eso de las matemáticas. Estoy seguro de que sólo sobreviven los DVD de Sawyer Media porque son objeto de un sucio culto. Quizás por eso valen una fortuna. Tampoco culpen a nadie. Ni a examantes ni a exnovios. Tampoco a la industria. No me arrepiento de nada. Absolutamente nada. Me dio para vivir. Vivir bien. Me dio para conocer países impresionantes y saborear a sus hombres con los penes más hermosos del mundo. Si volviera a nacer volvería a hacer lo mismo. Si volviera a nacer hombre. Con genitales masculinos y una próstata capaz de hacerme sentir las estrellas sin despegar los pies de la alfombra, los sillones, las sábanas blancas. Porque no tengo la más remota idea de lo que tratan o significan las mujeres. Nunca estuve con una en la cama. Tuve amigas claro. Pocas. Pero cercanas. Con las que iba a desayunar bloody marys y paninis de salmón barato en las mesas exteriores del Café Flore para luego lamernos los labios con los traseros de los chicos latinos que pasaban enfrente de nosotros sobre la acera de Market o de la calle Noe. Pero excepto por las risas y las discusiones sobre si el tamaño importa, no supe nada de ellas, si tenían orgasmos, si lloraban después de la última penetración, si era cierto que la maternidad es un instinto. Nunca les pregunté si alguna vez lo habían probado por el ano cuando yo sólo hablaba de eso con ellas. Los hombres somos comodones por machista instinto. Me hubiera gustado hablar de eso con mis pocas amigas. Pero ya no podré. Estas decisiones tan irreversibles también son consecuencia de la tóxica condición masculina de la que es difícil escapar. Aunque nunca lo intenté. Lo que siempre me gustó de los hombres es esa palpitación que los hace tóxicos. Lo siento. Si las ven, díganles que les dejo todos mis casetes de Linda Ronstadt, Elton John y Culture Club. Mis amigos sabrán de quién hablo y a quiénes me refiero. Todo Depeche Mode se lo dejo a mi hermano. El único que nunca me juzgó por mi

profesión. Porque digan lo que digan, esto es una profesión. Para la que se necesita entrega. Talento. Y lo más importante: vocación. Vocación de dejar que un semental te entregue toda su erecta hombría en el acto de excitación y misericordia más pródigo que se pueda experimentar. No vayas a ponerte triste, Tom. Los hombres no lloran. Recuerda cómo nos lo inculcó nuestro padrastro, a punta de cien lagartijas y doscientos abdominales. Cómo odiaba eso, obedecía con lágrimas en los ojos. Pero debo admitir que tuvo su lado benéfico, pues gracias a los cuadritos de mi abdomen tuve presentaciones estelares casi de inmediato tras grabar mi primera escena. Por cierto, diles a los viejos lo que quieras o creas más conveniente. No te compliques, Tom. No es para tanto. Créanme, no estoy triste o deprimido. Sólo cansado. Muy cansado. Merezco un descanso. Uno largo e infinito. No me extrañen. Pongan «World in My Eyes» de los Depeche cuando piensen en mí. Recuérdeme como aquella persona que le gustaba sonreír hasta por las cosas más tontas. Alguna vez, un fan me dijo que le gustaba masturbarse viendo cómo sonreía tiernamente cuando me penetraban. Es una buena forma de partir. Sonriendo. Y con la herramienta erecta apuntando a las estrellas.

*Todo suyo,
Lothar*

2

Juró, por la Virgen María, que todos lo miraban. Con juicio criminal. Mientras arqueaba los hombros hacia delante o atrás. Según las indicaciones del fotógrafo. Los pectorales debían verse caldosos e imponentes. Como crucifijos al final de un templo ante los cuales arrodillarse. La única

opción de certificar el fervor. El éxtasis. Le tomaban las fotos sobreactuadas que utilizarían para las cubiertas de los DVD, la página oficial de internet, promocionales en redes sociales y los pósters de la fiesta de lanzamiento, que seguramente sería en el Club 120 de Toronto. Hacía mucho que ese tipo de fiestas no sucedían en San Francisco, California y prácticamente en toda Norteamérica, que se había vuelto gris y aburrida en los últimos años. Asexuada.

Llevaban una hora más de lo usual en ese tipo de sesiones fotográficas. Alguien había puesto a Ariana Grande. De unas pequeñas bocinas que no pertenecían al mobiliario del hotel sonaba «Greedy». Al menos la juventud de Ariana lo distraía un poco de ese dolor en el testículo izquierdo, que incrementaba su débil molestia en un grado fantasmagóricamente pulsátil. Llevaba lo que podría decirse cuatro semanas de ese piquete alámbrico que incomodaba casi al tacto. Reacio a desaparecer. Como un fantasma atormentando a los órganos vivos. Y de su paranoia.

Todos se habían puesto de acuerdo en fingir que estaban en lo suyo, aunque sus miradas tuvieran el único propósito de inculparlo. Podría jurarlo. Por la Virgen María. Hasta el estúpido cojo parecía soltarle un repaso de indulgente soberbia. La misma perspectiva que ponen las pupilas de aquellos que sienten que están libres de actos que merecen amonestaciones, linchamientos o la inyección letal. A pesar de que era por culpa del cojo que la sesión fotográfica se había extendido. Tardaron mucho en encontrar poses que expusieran su invalidez de un modo excitante, respetuoso y nada grotesco. A excepción de los camarógrafos que ajustaban las perillas del volumen de las Sony PXW-X70, podía jurar que todos en el set lo

escrudiñaban como si hubiera sido un cómplice remoto que camina plomizo rumbo a la silla eléctrica de una prisión de Texas. Casi como si él le hubiera puesto la soga en el cuello a Lothar, con la misma distancia con la que un titiritero opera a su marioneta desde lo alto, por encima del telón y la conciencia del muñeco. Poco a poco, su estado altamente receptivo fue enmarañándose en su pecho hasta formar una bola de pelusa y nerviosismo que le producía la incapacidad de poder leer la mente de los demás. Su erección mermaba minutos antes de empezar a grabar. Sería un desastre.

¿Qué carajos estarían pensando de él?

Cuando el fotógrafo, un tipo de barba medrosa y rizos genéricos dijo que estaba hecho, todo terminado, Pedro desapareció encerrándose en el baño aún con los jeans puestos y la pretina desabotonada sin lubricidad. Echó el seguro, sacó de su cartera la mitad de un Viagra negro que fabricaban en su país natal, según le decían sus contactos. Con eso y el Cialis entero que ya procesaba su hígado ingerido hora y media antes debía ser suficiente para partírle el ano al cojo como si estuviera excavando un canal a la mitad del asfalto de la calle Market. Se la puso en la lengua y la masticó con natural delicia hasta pulverizarla entre sus dientes. Le gustaba el amarguísimo e insidioso sabor del Viagra negro, que siempre brillaba similar al carbón recién descubierto. Preámbulo perfecto a los sabores de acidez masculina que le esperaban al momento de poseer a su compañero de grabación: besos y axilas agrias y tibias y anos salitrosos, que palpitaban como especímenes indefensos sacados del inframundo acuático y expuestos en el mundo exterior cada que su lengua cavaba en búsqueda de una razón de existir en los pliegues

del canal anal. Antes de abrir la puerta del baño, sintió el vibrar de su teléfono. Lo revisó:

No te olvides de tu foto para el IG

CHXXX

Cierto. Había que llenar la cuenta del Instagram. Generar tantos likes y tráfico como fuera posible. *Ojalá toda esa pendejada digital se convirtiera en dinero*, pensó. Pero obedeció al mensaje. Se tomó una foto rápida de frente al espejo y se la devolvió a su esposo para que la subiera a su cuenta y escribiera algo. Su esposo tenía las contraseñas de todas las redes sociales. Usualmente era Pedro quien se encargaba de sus propias selfies, escribir algo porno y subirlas. Pero ese día no tenía mucha concentración. Qué complicado se había vuelto todo. Mejor dicho, qué laborioso. Antes sólo era cuestión de bajarse los pantalones y empezar a meterla como un maldito perro callejero hambriento de trasero. Había tiempo para calentar motores con los fluffers y aprendices de porno, de esos que son muy estúpidos para comerse un tronco de hombre a tal grado que meten los dientes.

Ahora había que dar santo y seña y selfie de la cartografía de los pasos antes de una grabación. Todo, para generar interacción, expectativa y publicidad. Básicamente, todo era más trabajo con eso del Facebook, Twitter e Instagram, por el que no recibía ni un jodido dólar. Charliee, su esposo, le había explicado las ventajas de monetizar sus perfiles digitales. Pero seguía sin entender. Ni él ni su cartera. Se detuvo frente al espejo. Repasó sus patillas con las yemas de los dedos para asegurarse de que estuvieran lo suficientemente cuadradas para hipnotizar a su

compañero, al camarógrafo, a los de las lámparas, a *los putos y drogados fluffers*, a todos los cerdos que se masturbarían cuando vieran la escena final, posproducida, editada con música tormentosa. Lo mismo su copete, dándole unos últimos toques de inflexibilidad militar.

Abrió la puerta. El aire empezaba a sentirse como una cámara de pimienta de tanto bufe masculino. Optó por distraerse viendo los tenis del resto de la producción, calculando cuáles serían costosos y qué otros tendrían de ofertas o de segunda mano de tiendas como Cross Roads. Los comparó con los suyos y se cercioró de que sus tenis comunicaran el mensaje de un desahogado poder adquisitivo. Aunque sólo fuera una máscara y él lo supiera mejor que nadie. Empezó a relajarse al ver que no sólo era el que llevaba el par de New Balance más refulgentes, los más rojos, como los hilillos de sangre que a veces lograba provocar en los traseros de sus pasivos, de su propio esposo. Los tenis más costosos. También era el más grande, el de la erección más potente. Podría sacarle los ojos a cualquier perdedor con su prepucio en forma de cíclope caído del cielo.

En ese cuarto del deslucido hotel entre Jack London Square, el barrio chino de Oakland y el puerto frente a los rascacielos de San Francisco, cuyas puntas se perdían en la triste neblina de todos los veranos. Aunque el hotel en el que filmaban sólo tenía vista a edificios de concreto grises, grandes y vacíos y uno que otro restaurante con rollos primavera.

A Pedro el primer cuadro de Oakland le producía una insondable sensación de vacío. Le recordaba a los afligidos edificios de Torreón. Parecía que habían sido contruidos con el único propósito de dejarlos vacíos.

Se juró a sí mismo, en silencio, que nada había tenido que ver con la tragedia Lothar. Penetrarlo antes de que se ahorcara había sido una coincidencia. Su única culpa fue no persignarse antes de grabar. Lothar Black se quitó la vida simplemente por ser una *nena*. Atrapada en el cuerpo de un guapo exmarine. Gay como tantos rebasados por su propio tormento. Pedro se acomodó en el sillón colocado entre la puerta principal de la habitación y la ventana, con vista a un ordinario estacionamiento con contenedores de basura grafitados por alguna pandilla.

Terminó por desflorar la bragueta detrás de una de las cajas de luz, moldeando su erección antes de la escena. Un fluffer pelirrojo con la musculatura propia del atletismo y la ketamina rebajada se arrastró por la alfombra carcomida por el tiempo y quemaduras de cigarrros de otros huéspedes urgentes de sexo sin adhesión, hasta encontrar un punto de apoyo sobre las rodillas de Pedro. Empezó a lamerle el fierro, cubriéndolo de la suficiente cantidad de saliva para dejarlo cromado, maquillado de saliva de macho, listo y resplandeciente antes de saltar a escena y sobre la cintura del inválido.

Conforme las lamidas del pelirrojo dieron paso a hambrientos bocados sin dientes, como un obrero oprimido por la absorción de su rutina, a la que se engullía con fervor marxista, Pedro volvió a recuperar la confianza en sí mismo. Le importó un bledo si pensaban que fuera culpable o no del suicidio de Lothar Black. En realidad, la tragedia había empezado antes, con Amazing Dustin, el actor que se hizo polémicamente reputado por esas largas escenas lanzadas en una edición doble en la que más de cincuenta hombres depositaban semen al interior de su esfínter y que levantó indignación y cientos de miles de

depravados fanáticos por igual, llevando a la compañía de Sawyer Media a la estratósfera del planeta porno. Dustin se había ahorcado, igual que Lothar y Caliber Elvis. ¿Qué asquerosa fascinación tenían con las cuerdas?, se preguntó Pedro mientras el fluffer se lastimaba las amígdalas con su resbalosísimo fierro, parecía que iban a explotar como un tubo de TNT. Con las venas tensas como cables azules y rojos y hasta verdes. Otro actor, Karl Hunter, se había llenado el estómago de esos tranquilizantes baratos que prescriben los médicos con tal de deshacerse de ti en cuestión de segundos. Sargent «Wrench» Radcliff se aventó del Golden Gate. Aunque el que desencadenó la tragedia había sido el maniático de Tim Bullet y su repugnante forma de acabar consigo mismo. Todo en cuestión de oscuros nueve meses, como la llorona llevándose a sus hijos en un escalofriante sentido opuesto al de dar a luz.

El *San Francisco Chronicle* publicó un reportaje sobre la «epidemia de suicidios en la industria porno gay de la Bay Area», como si no tuviera ya bastantes problemas con la Propuesta 60. El *Bay Area Reporter* había sido más ruin al referirse al suicidio de sus compañeros de trabajo como «la peste del porno gay». Pedro sintió que su castillo, que adoraba como sus propias costillas, empezaba a derrumbarse frente a sus ojos. Por si fuera poco, el periodista paisano suyo andaba persiguiéndolo para una entrevista sobre nuevas masculinidades o una cosa de esas. Sin mencionar al estúpido Jeff. El traidor seguía vivo. Estaba seguro de que dejaría las filas del porno para dedicarse a su carrera de cantante de baladas, afeminadas e insufriblemente lentas, como una regañona abuela de ochenta años queriendo atinar el dildo en su descarapelada vagina. Fue a su primer concierto en el Knockout por

absoluto compromiso. Para callarles la boca a los metiches periodistas del *San Francisco Chronicle* que andaban reproduciendo chismes sobre la falta de solidaridad entre el gremio de los actores gays porno. Una de las causas por las que estaban quitándose la vida, decían. Y Jeff no estaba ayudando, con esas letras depresivas y sus gestos fruncidos tocando la guitarra con los ojos cerrados como si lo estuvieran fisteando. Dentro de unos meses estaría dando conciertos en el Fillmore, arrasado por olas de aplausos heterosexuales mientras él seguiría preñando traseros frente a las cámaras. Jeff tendría discos que firmaría en el vestíbulo de Amoeba Music mientras él apenas si tenía un canal en el OnlyFans.com

—¿Listo, Pedro? —gritó el director.

Pedro hizo algunos movimientos de nuca al fluffer para sacar el fierro de sus labios, que se resistían a soltar ese caramelo de piel agrietada y venas que también le producía arcadas y le robaba la respiración hasta dejarle los ojos morados y ciegos de lágrimas involuntarias.

—¿Me siembras después de grabar? —preguntó el fluffer.

Ante el silencio de Pedro, el fluffer susurró con los testículos en su nariz:

—Eres un jodido Dios.

Pedro le respondió con una maliciosa y caritativa sonrisa.

Se vio por última vez en el espejo que colgaba arriba del escritorio frente a la cama king size, asegurándose de que sus patillas estuvieran perfectamente cuadradas y mexicanas. Puso la punta de los dedos de la mano derecha en su frente, luego en el pecho, de ahí al Espíritu Santo y amén. Listo. Una vez persignado nada podría salir mal.

Max, el director, un hombre de barba sin bigote que solía dirigir las escenas con camisetas de tirantes, jeans y descalzo, empezó a dar las indicaciones del rumbo que tenía que seguir la escena, sin introducciones tiesas. Lo que le fascinaba a Pedro de trabajar con Sawyer Media era su determinación de ir directo al grano, sin ejercicios de excitación previa, como esas escenas pésimamente actuadas de una hora de duración, en la que el limpiador de albercas y el dueño de la casa malgastan buena parte de los sesenta minutos haciendo sexo oral, para que terminen poniéndose el condón al momento del sexo anal. Esto tenía una razón: a más sexo oral, más capacidad de mantener una erección con el látex sellándola al vacío, pero también menos tiempo de coito. Las escenas de penetración segura en látex no llegaban ni a los diez minutos.

El condón era cosa del pasado. *Sólo los más cobardes pagarían por jalársela por ver condones en 4k*, pensaba Pedro.

Apagaron la bocina. La política creativa de Sawyer Media era dejar la hombría en su estado más silenciosamente crudo. Como la escena debía arrancar con los dos hombres completamente desnudos, Pedro se quitó los pantalones mientras su compañero pasivo, Nick, se quitó la prótesis de la extremidad izquierda. Hacía ya varios años desde que Nick Sohl, su nombre verdadero, perdió la pierna en un accidente de carretera, cuando una camioneta se le metió en sentido contrario mientras conducía a una orgía en San José. Tras la amputación y los ejercicios para rehabilitarse, que lo llevarían de vuelta a la normalidad incompleta, descubrió que su musculatura endureció a falta de grasas, una alimentación estricta y entrenamientos de básquet y ping-pong. Nick escribió un